

ja el paisaje, para dejarnos lo real y su recuerdo.

Si yo fuera río, es un libro donde las palabras, como gotas de tiempo van hacia el final, a ser consumidas, porque el secreto está en la metamorfosis, la disponibilidad que les permite ser y no ser, y, por lo mismo, seguir siendo en los otros, así lo anuncia en su poema prólogo: «*Conocería otras tierras / pasaría por cerros / por laderas, / saciando la sed del caminante / la del mirlo / si lo hubiera*».

Si yo fuera río, antes que condición es una afirmación gozosa, porque desde que se reconoce agua que corre, tiempo en el tiempo, busca y ama.

El río, a su paso, enumera objetos, lugares, tiempos, olores. Río que, a veces, se hace aljibe y conserva las primeras impresiones, el tacto de la infancia.

Poesía desnuda que el fluir deja, donde se ha suprimido la anécdota, y, con técnica impresionista, todos los fragmentos encajan en un verso sustantivo, que hacen a la página estática y contemplativa, y nos permite fijar la cara del agua, el sosiego que el río recuerda: «*Sigo estando aquí / y mi voz no se oye*».

Poesía de líneas precisas, perfiles nítidos, donde ni tan siquiera la rima, a veces asonantada, a la manera del romance que es nuestro río hablado, desdibuja la palabra, que entera se ofrece como nombre, porque cuanto nombra, aparece. Porque este río que, a su vez, se ve siendo río, es tierno como un sentimiento y fuerte como la estrella.

En un río, a su paso, siempre el mismo y siempre distinto, sucede como cuando decimos «la luz es la luz», porque ahí nuestro decir es lírico. De este modo el hecho abstracto que es el signo, al desdoblarse, saca de sí lo concebido, por eso es más real, y porque es real es poético. El espejo echa fuera lo que antes era imagen, ofrece objetos, no apariencias; lo sustituido se hace insustituible, ya no se razona, se ve. A este ver dentro nos traslada Emma, así, cuando acabamos la lectura, vemos a través de su mirada.

Se acepta el paso del tiempo y la caricatura del recuerdo, aunque «*venía haciéndome / señales y gestos*», queda atrás. Si yo fuera río, parece que nos dice, no volvería la vista atrás, sería sólo presente, aceptando el llanto, porque un río «*Nace con una sonrisa*».

Un río siempre es un misterio que se deja ver, de ahí su atracción, puesto que, cuando lo leo, desaparece, río abajo, y sólo nos queda la presencia de su huida: «*Y yo buscaba, buscaba / buscaba siempre mis sueños / y ellos se me escapaban / como si fueran huyendo. / La noche también huía...*».

Si yo fuera río sería cristal, cristales, para asomarme a la calle, porque «*Mi balcón no tiene rejas / tan sólo tiene cristales*», por donde transcurre la historia toda; para que, luego, sosegados los días, reposarán en el fondo.

VICENTE ALEIXANDRE:  
LUCES EN LAS SOMBRAS  
DE SU GRAN NOCHE



FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

**C**ON la aparición del nuevo libro de Vicente Aleixandre, *En gran noche. Últimos poemas*<sup>1</sup>, en 1991, la obra poética de tan singular escritor queda parcialmente ampliada en lo que se refiere a la última labor del poeta que ya conocíamos a través de sus dos últimos libros, *Poemas de la consumación* de 1967 y *Diálogos del conocimiento* de 1974. En realidad, los poemas que ahora tenemos ocasión de leer no son, como podría suponerse por el subtítulo de la obra, poemas posteriores al libro que cerró su obra publicada, sino que son composiciones que Aleixandre tenía ya escritas en el momento de publicación de estos dos libros y que no

<sup>1</sup> Vicente Aleixandre, *En gran noche. Últimos poemas*, edición de Carlos Bousoño y Alejandro Duque Amusco, Seix Barral, Barcelona, 1991.

incluyó en ellos por diversas razones. Tan sólo algún poema puede fecharse con posterioridad a 1974, como ocurre con el que abre la colección, «Un sonido», que se escribe en agosto de 1975, y que se considera unos de los últimos textos escritos por Aleixandre. Debemos todos estos datos y algunos más y muy valiosos a los editores del libro, Carlos Bousoño y Alejandro Duque Amusco, que han preparado la edición con extraordinario cuidado en la selección de los materiales y en la transcripción de los manuscritos, aunque no llegamos a saber bien, tras la lectura del breve prólogo y de las anotaciones a cada uno de los poemas, si éstos son los últimos textos que quedan de la obra final de Aleixandre, si escribió más poemas después de 1975, si tales composiciones — de existir — merecen la publicación, etc.

Hay que decir, al iniciar el comentario de los poemas ahora publicados en libro, que, como era de esperar, la estimación que de Aleixandre tenemos a través de toda su obra, y más aún a partir de los dos últimos libros, no sufre modificación alguna. La variación que en su obra poética se había llevado a cabo entre 1969 y 1974, con *Poemas de la consumación* y *Diálogos del conocimiento*, cuando el poeta creó una lírica metafísica, que hemos integrado en lo que denominamos «poesía de senectud»<sup>2</sup>, ya está presente en aquellos libros, y ahora no sufre variación. En efecto, Vicente Aleixandre conmovió a los lectores de poesía con sus dos últimos libros, porque con ellos creó una lírica sentenciosa, profunda, en cierto modo misteriosa, en la que el poeta se aproximaba al borde final de la vida, con la inquietud serena, pero no resignaba, de aquél que a una cierta edad, ve el umbral del más allá sin sentido, y no se resigna a perder lo que tuvo y lo que no tuvo, lo que pudo tener y no logró. Para ello, Aleixandre, creó dos formas de expresión aparentemente diferentes, pero sólo desde el punto de vista formal, externo.

Por un lado un tipo de poema, de raíz surrealista, muy enigmático en ocasiones, breve y sentencioso, en el que estableció una serie de principios de comprensión del mundo, de conocimiento e intelección de nuestro ser, complejos y expresados con la brevedad de la poesía gnómica. Frases muy lapidarias quedaron con toda su originalidad para siempre en nuestra poesía del siglo XX como algo único, irrepetible. Eran las composiciones de *Poemas de la consumación*. Con un mismo espíritu, con una misma ansiedad de comprender ese mundo más allá de su realidad física, pero basándose en diálogos de personajes prototípicos, que suponen un contraste entre varias opiniones de una misma realidad y se convierten en meditaciones paralelas de una misma intelección del mundo, creó Aleixandre la textura formal de sus grandes poemas de *Diálogos del conocimiento*.

Ahora, *En gran noche* nos devuelve estas dos maneras de expresar un mismo mundo. Los autores de la edición han dividido el poemario, por ello, en dos grandes sectores. Poemas breves y sentenciosos y grandes diálogos del conocimiento. Eso es todo. Por eso decimos que Aleixandre ni pierde ni gana, sino que se amplía en textos, ofreciendo de nuevo esa mirada de viejo final, esa poesía de senectud que tanto hemos valorado todos. Los nuevos poemas, como señalan Bousoño y Duque Amusco, son muy valiosos, sin embargo, porque «unos y otros ofrecen la misma mirada metafísica, dolorida y aún apasionada por los brillos últimos de la existencia»<sup>3</sup> y porque nos entregan la misma multitud de matices que ya vimos en los dos libros finales publicados en vida del poeta, que van desde aquéllos que expresan un «sereno patetismo» hasta aquéllos otros que podemos considerar «los más desgarrados y amargos»<sup>4</sup>.

Plantean los poemas de la primera parte los grandes temas últimos de Aleixandre: la vida, el amor, pero el amor en esa versión

2 Francisco Javier Díez de Revenga, *Poesía de senectud*, Anthropos, Barcelona, 1989.

3 Carlos Bousoño-Alejandro Duque Amusco, *op. cit.*, p. 7.

4 Carlos Bousoño-Alejandro Duque Amusco, *op. cit.*, p. 8.

final que mezcla sensualidad y enfermiza memoria evocativa de un pasado sin retorno, y la muerte. La vida es, en «Un sonido», el poema que abre esta serie y quizá el último que el poeta escribiera, «un largo esfuerzo», que trata de definir entre sentencias racionales y realistas («Qué difícil es vivir») e imágenes oníricas y visionarias. «El gallo tiene cola y brilla a solas». Ante el lector el poeta nos muestra algo que será característico de estos poemas y que ya estaba presente en *Poemas de la consumación*: el sueño y el silencio. El poeta traza, en definitiva, en «Un sonido», su imagen de la vida como transcurso largo y esforzado entre el nacer y el morir. Pero hay en la vida incidencias que estarán muy presentes en la poesía de senectud de Aleixandre: y la más importante es la juventud. En el poema «En la corriente marina» comparecen los elementos más notables de la vida, como existir, como transcurso, y la «juventud ardiendo entre las olas» con ellos. Vivir y morir como ausencia del soñar e imaginación («vives mientras no sueñas, mueres cuando imaginas») nos conduce a la concepción de la juventud expresada en otros tres poemas de la serie, aquellos que la cierran. «Sólo juventud» nos recuerda similares reflexiones en *Poemas de la consumación* y son las palabras las que nos traen ante el poeta de senectud el vigor de una edad perdida: un río que asciende hacia su origen, cuyas aguas arden, hacia cuya cima corren sus espumas: inversión del natural transcurrir de la vida, que nos ofrece una nueva y enigmática visión de la juventud: «la juventud cumplida es ella misma. / No es una edad que pasa. En ella, queda. / No hay más. El resto es mundo». Versos lapidarios, sentencias finales, que los editores ponen en relación con Jorge Guillén y su poema «Los amigos» de *Cántico*: «Amigos. Nadie más. El resto es selva»<sup>5</sup> y que nos trae a la memoria la sentencia final del no menos enigmático Hamlet shakespeariano. «Ser viejo es no haber sido / joven» se dice en el poema final con lo que se confirma la in-

compatibilidad de mundos opuestos en el ánimo de este poeta de senectud.

La ceremonia de la vida tiene en este poemario escalas en la muerte y en el amor siempre unidas en indisoluble metafísica. En «La hora», el beso (el amor), la muerte y el tiempo trazan el camino de un transcurrir vital dolorido serenamente. El instante del beso, prendido al recuerdo de su ruido, deviene al final del silencio. Hay una presencia de la fuerza del vivir vinculada al aire que se expulsa. «Ya ahí expiro», dice el poeta quedando vencido entre la frontera del vivir y del morir. En «La propia muerte», las imágenes nos conducirán a espacios más inquietantes. Ante la presencia del muerto (boca extraña, ojos opacos) Aleixandre se plantea el instante entre la vida y la muerte, entre la vida aun sentida en el labio que tuvo amor y la muerte ya inevitable. Las sentencias, entonces, nos devuelven al Aleixandre más puro de senectud: «Querer sin vida no es vivir», «Amar es muerte ya, o aún» se dice dudando entre dos adverbios que marcan tiempos diferentes. Reflexión de pasado y presente ante esa cabeza tan diferente de la lopesca que «cuando viva tuvo», pero tan cercana, acaso, en su ascetismo vital y en su misticismo reflexivo sobre la vida, la muerte, su misterio y su incompreensión.

No están muy distantes las reflexiones expresadas en los diálogos que en esta edición se han rescatado. En ellos Aleixandre, como hiciera en *Diálogos del conocimiento*, enfrenta dos o más perspectivas de una misma inquietud poética a través de voces que dialogan sobre un determinado aspecto. Los ocho diálogos ahora publicados —alguno de los cuales ya era conocido por los lectores— suponen una notable ampliación del mundo del último libro publicado en vida por Aleixandre, innecesaria sin duda, ya que aquél libro sobresalía por su mesura y compensación. Los diálogos ante los que ahora nos encontramos no son mejores ni peores que los recogidos en aquella obra, sino que responden a los mismos impulsos. Quizá llama la atención el tema hispánico, fuertemente influido por Quevedo y Cervantes,

5 Carlos Bousoño-Alejandro Duque Amusco, *op. cit.* p. 103.

del titulado «Miré los muros», raro, en efecto, en una colección cuyos planteamientos metafísicos son muy generales, por no decir que universales, y nada prendidos a la realidad cercana de España ni ningún lugar concreto. Porque las ambientaciones de algunos de estos diálogos —la Rusia de Chejov, ambientes bíblicos, etc.— están presentes con su universalismo y reflejan la amplitud de los temas alexandrinios. Es fácil descubrir en estos diálogos al propio Vicente Aleixandre con su misma literatura, como ocurre en «El último vals (Ballet)», que nos recuerda, y no sólo en el título, el ambiente y el sentido de su conocido poema «El vals» de *Espadas como labios*, uno de los más valiosos de toda su poesía.

Los diálogos que constituyen el final de esta selección son, en definitiva, poemas muy sólidos en los que los grandes temas del Aleixandre último, como pueden ser la soledad, la incomunicación, la contemplación añorante de la juventud, el deterioro del hombre frente a la naturaleza que se renueva, etc., temas en definitiva de senectud, convierten esta serie de poemas en muy importante conjunto que nos permite leer más páginas, y muy profundas y representativas, de una de las líricas más intensas de nuestro siglo.

CAMILO JOSÉ CELA,  
LA PALABRA EN LIBERTAD  
Varios autores. Colección Paraninfo  
(Universidad de Murcia, 1991)



VICTORINO POLO GARCÍA

**T**AL es el título del espléndido libro, resultado del Congreso que la Universidad de Murcia dedicó al Premio Nobel de Literatura en octubre de 1990 y en el que participaron una notable pléyade de especialistas, desde Pedro Gómez Valderrama, escritor y embajador de Colombia en Madrid, hasta Manuel Alvar, director de la Real Academia de la Lengua,

que pronunció la conferencia de clausura, pasando por Antonio Colinas, Alonso Zamora Vicente, Agnes Moncy, Francisco Yndurain, Anette M. Myre, Darío Villanueva y Claude Couffon, hasta una nómina de cincuenta ponentes.

Recién publicado, constituye uno de los mejores corpus crítico sobre la obra del gallego universal: en todo caso, el más completo como conjunto de trabajos críticos, recogido en dos volúmenes de páginas densas y esclarecedoras, abarcadoras de toda la producción celiana, desde los primeros libros —incluido «*Pisando la dudosa luz del día*», en verso— hasta «*Cristo versus Arizona*», que tanta polémica levantó en el momento de publicarse.

Quizá fuera injusto destacar algunos trabajos frente a otros igualmente dignos y profundos, pero creo que conviene indicar dos o tres a manera de ejemplo. Espléndido es el texto de Antonio Colina sobre *Los libros de viaje: el sustrato poético*, por la sabia mezcla de rigor estudioso y creatividad, para destacar la vena más definidora de Cela y la menos estudiada. Desde el punto de vista formal, el trabajo de Benito Varela Jácome arroja bastante luz en torno a *Estrategias narrativas de "Mazurca para dos muertos"*. La impronta de la tierra y su telurismo decisivo se manifiesta en Jorge Juan Eiroa, al escribir sobre *El mundo gallego en la narrativa de Cela*. Las voces del narrador son puestas de relieve por Salvador Sandoval en amplio estudio precisamente sobre *Autor y narrador en "Pabellón de reposo" y "La familia de Pascual Duarte"*. Y los espinosos problemas genéricos y metodológicos son dilucidados con brillantez por Manuel Alvar en *El lirismo en las novelas de Camilo J. Cela*.

En todo caso, la indicación vale como punto de referencia para aquilatar que la crítica académica y la mucho más desenfadada extrauniversitaria se armonizan de forma cabal en el libro. Múltiples perspectivas, diversos niveles complementarios, páginas de auténtica erudición, textos cercanos a la creatividad, sin olvidar el rigor de la crítica,